

ma, que nos oculta el paraíso, idea del amor y del bien.

¿Queréis razonamientos, demostraciones, pruebas? Abrid los ojos por todas partes los hallaréis. Cuanto más la voluntad se pronuncia por la templanza, por la paz, por la persuasión, más y más los hechos inexorablemente nos imponen la violencia, la guerra, la lucha sin cuartel. Hay antagonismos entre el querer y el poder. Lo que la razón ha matado, supervive por el imperio de la realidad.

Y habríamos de ser mártires y héroes, estoicos y mansos, a una todos, o la fuerza siempre, siempre, vendrá a sojuzgarnos, imponiéndonos por igual a vencidos y vencedores.

No quiero y tengo que serlo: vacila la razón, se entenebrece el pensamiento, luchó entre ser fiero y ser hombre, y, por llegar a ser lo uno, he de ser necesariamente, fatalmente, lo otro.

¿Términos de humanidad en la contienda? Sí, muy bien; seremos humanos, algo más humanos: algo menos fieras; esta es, asimismo, la obra de la fuerza, que a sí propia se lima, se recorta, se pule. Entre matanza y matanza, vamos reconociendo la necesidad perentoria de no matar; entre latrocinio y latrocinio, la de no robar. Cada hecatombe es un puñado de genios del amor salvando el escudo a medio del batallar encorocado de las bestias humanas que quieren también amar. Sin la violencia, serán infundadas todas las palabras de bondad, de bien y de justicia. Es la espada la que da el triunfo a la placida filosofía de los venturosos. Es la guerra la que nos da la paz.

«Va ganándose el alma la duda de vencer por la fuerza». Humano, muy humano; pero la fuerza te arrastrará terrible, a pesar de todas las dudas. Por la fuerza vencerás. (De «Tierra y la Habana».)

Cruelles infamias

Para que los obreros que aun creen que en América tienen su porvenir y para los que aun piensan que en un régimen republicano no son posibles ciertas monstruosidades del capital contra el trabajo, a continuación publicamos el siguiente escrito que vio la luz pública en La Vanguardia de esta capital, y por el contenido del mismo podrán convencerse del error en que viven, así como de las iniquidades que se cometen en una nación regida por republicanos.

Helo aquí: El señor don Enrique Deschamps, vicepresidente de la Sociedad Libre de Estudios Americanistas, ha dirigido a los señores directores de importantes diarios hispano-americanos la carta cuyo texto transcribimos, por tratarse de una obra verdaderamente humanitaria.

Permítame el honor de pedirle plaza en su importante diario para las presentes líneas destinadas por el deseo de divulgar en América la iniquidad que ha determinado la activa campaña en que ejercita actualmente sus energías la Sociedad Antiesclavista y protectora de Aborígenes, de Londres.

La publicidad que solicito, respetuosamente de su gentil benevolencia será fecunda a todas luces. Si es cierto el escándalo que denuncia, esa misma publicidad tenderá a confundir a los culpables del mal denunciado, ya que el gobierno peruano se apresurará seguramente a destruir las causas de aquel mal por su propio decoro y por el nombre del país. Y si, por el contrario, se tratase de una impetuosa creada al calor de pasiones innobles, con la cual se haya sorprendido a una de aquellas generosas instituciones británicas, los elementos autorizados del Perú y aun de Sudamérica, tratarán de desvirtuar eficaz y rápidamente los efectos de una propaganda hábil e inteligentemente organizada, que hará bien a los indígenas martirizados, si en efecto existiesen, pero que—háyalos o no—deprima gran manera el concepto, no sólo de la República peruana sino de todo nuestro continente.

Transcribo en seguida la denuncia, bastante difundida ya en Europa y hecha ahora desde Londres por persona tan autorizada como Ramiro de Maeztu:

«Ahora se está efectuando en Inglaterra una campaña análoga contra los malos tratos de que son objeto los indios que recogen el caucho en la región del Putumayo, situado en la parte norte e interior del Perú, cerca de las fronteras de Colombia y Ecuador y no muy lejos del Brasil. Y esta vez no se dirá que el humanitarismo británico persigue fines comerciales, porque la campaña se hace contra los caucheros de la Peruvian Amazon Company, cinco de cuyos directores residen permanentemente en Inglaterra.

La entidad que hace la campaña, ya iniciada previamente en artículos publicados en Truth, el periódico de Mr. Labouliere, es la Sociedad Antiesclavista y Protectora de Aborígenes. Los datos en que se funda la campaña influyen en parte.

Se trata de innumerosos bosques poblados por una tribu de indios llamados shuitos, en los que abunda el codiciado caucho. La compañía citada posee una concesión del Gobierno peruano que le autoriza a extraer el caucho, y el procedimiento de extracción análogo al seguido en Congo, consiste en hacer que un ejército semi-bárbaro obligue a los indios a entregar determinadas cantidades de caucho, para lo cual se paga una comisión a los capataces que mandan ese ejército.

Los capataces son 45 jefes de otras tantas secciones, y cada uno posee una lista de los indios que viven en ella. Se obliga a los indios a entregar cada día tanto caucho como el jefe de la sección es ayudado por una patrulla de hombres armados, que en algunas secciones no pasan de cinco y en otras no bajan de ochenta. Y si los indios no entregan cada diez días la cantidad señalada, son unas veces azotados, otras mutilados y otras fu-

silados. Adviértase que aquellos indios shuitos son sencillos, hospitalarios, incapaces de organizarse para ninguna clase de oposición y de protesta y, por añadidura, carecen de armamentos. Entre los testimonios recogidos por la Sociedad Antiesclavista figura el de un brasileño llamado Braga, que vio sacar del cepo a ocho indios y atarlos a otros tantos postes en un patio por uno de esos capataces llamado Agüero y de su ayudante Jiménez.

Cuando los tuvieron atados, el capataz y su ayudante se bebieron una botella de coñac y se pusieron a asear a los ocho indios a machetazos. La operación duró cerca de una hora, tanto como los gritos desgarradores de las víctimas. El delito cometido por los indios fué el de huir cuando Agüero y Jiménez quisieron detenerlos por su vida primera.

Por ese mismo testimonio refiere que tres meses después vio fusilar al sangre fría a otros 35 indios por ese mismo Jiménez, mientras Agüero bebía coñac. Adviértase que esta declaración fué hecha en el Perú y a presencia de un oficial del ejército peruano.

Otro testigo, Carlos Saplin, afirma que sólo el capataz Belisario Suárez hizo azotar, en unos dos meses, a más de 100 indios. El número de azotes oscilaba entre 20 y 150, cifra que allí se considera suficiente para matar a un hombre en el acto.

Los capataz, Antonio Muñoz, hizo azotar en tres veces a más de 40 indios entre otros muchos mujeres y algunos niños. Por cierto que hubo un indio que resistió 200 azotes sin morir. Al día siguiente lo mató un italiano de un culatazo en la cabeza.

Lo peor es que no se trata de atrocidades cometidas de propio impulso por los capataces. La Sociedad Antiesclavista ha recibido diversas declaraciones, en las que consta que el sistema de azotamientos obedece a instrucciones de los directores de la Compañía.

Hay más. La Sociedad Antiesclavista ha tratado repetidamente de avistarse con los cinco directores de la empresa, que residen en Inglaterra. No ha podido lograrlo. Los directores se han negado a conceder la entrevista diciendo que enada útil podía derivarse de ellas.

Al fin, la Sociedad Antiesclavista ha apelado al gobierno inglés, y el gobierno inglés, dispuesto a hacer justicia, ha comunicado el asunto a los de los Estados Unidos, a fin de abrir entre ambos una información oficial. Y no cabe duda de que si en ella se confirman los informes de los miembros de la Sociedad Antiesclavista, los gobiernos de Londres y Washington hallarán modo de poner término a este escándalo.

Está comprometido ante el mundo el noble espíritu progresivo del Perú, y con el concepto que en justicia corresponde a todos los pueblos de nuestro continente.

Si importante diario, señor director, que es factor poderoso y eficaz en el desenvolvimiento cultural del Nuevo Mundo, hará, en mi sentir, obra humana y patriótica procurando la difusión del hecho que se denuncia, a fin de que los llamados a hacerlo lo desmentan si hubiera lugar a ello, o apliquen inmediata y energicamente el necesario correctivo.

Su importante diario, señor director, que es factor poderoso y eficaz en el desenvolvimiento cultural del Nuevo Mundo, hará, en mi sentir, obra humana y patriótica procurando la difusión del hecho que se denuncia, a fin de que los llamados a hacerlo lo desmentan si hubiera lugar a ello, o apliquen inmediata y energicamente el necesario correctivo.

Ya lo veis, trabajadores, como las gasta la burguesía peruana al amparo de un gobierno republicano.

Hay republicanos en América tanto o más tiránicos que cualquier monarquía europea. La libertad en aquellos países sólo existe escrita en los códigos, pero de hecho impera la tiranía y la barbarie más atroz y despótica.

En el continente americano como en Europa, sólo busca la burguesía enriquecerse a costa del proletariado, porque allí como aquí, como en todas partes, los capitalistas, educados con los métodos jesuítico-clericales, sólo anidan en sus corazones los odios y rencores de sus maestros, cuyas enseñanzas convierten en hechos infames, con tal de saciar su desmedida avaricia.

Y qué diremos de esos indignos capataces que niegan ignominiosamente se prestan a hacer de verdugos de aquellos indefensos indios...

He ahí el resultado de la libertad republicana...

FUERA FARSAS

Leemos en Las Noticias del 15 pasado: «El Comité ejecutivo de damas del primer Congreso español internacional de la tuberculosis, continúa su meritoria y generosa tarea pugnando por la cultura higiénica en los centros obreros; el acto realizado últimamente en la Colonia Güell...»

«Ilustres damas predicando higiene para evitar o curar la tuberculosis en la Colonia Güell! Ja, ja, ja...»

Suponemos lo que aquellas ilustres habrán podido decir a los obreros obligados a escucharlas por el mendrugo y la cobardía general; pero no sabemos y desearíamos saber que en dicho al señor Güell.

Así como el celebre Patronato está llevando su negocio, es preciso que lo lleven todos los Patronatos más o menos ocultos o enmascarados que bajo distintas formas fabrican indignas comedias con las cuales vienen a mofarse de nosotros, después de habernos destruido el organismo por la miseria a que nos vemos reducidos cuantos trabajamos.

Es preciso, repetimos, que acabe de una vez esa farsa indigna con que diariamente nos insultan nuestros explotadores, y para ello entendemos que el mejor medio sería, siempre que se tenga conocimiento de que los burgueses A o B o sus ilustres esposas a lo que sean C ó D preparan una de esas sarcásticas comedias, vayan el día anterior al

mismo punto dos o más compañeros, y en conferencias, mítines, reuniones, etc., pongan al corriente a aquellos obreros de que al día siguiente serán insultados por las que, como las del Patronato, se sacrifican bajando descotadas hasta las tres de la mañana.

Hecha esta labor preparatoria es seguro que cuando se levante el telón para dar comienzo a la farsa no faltará alguno de aquellos obreros que, más animoso que sus compañeros, se dirija a la ilustre que haga uso de la palabra y la interpele en estos o parecidos términos:

Digame, ilustre señora, ¿sabe usted y sus ilustres compañeras de sacrificio que para evitar en gran parte la tuberculosis es absolutamente indispensable que se rebajen de modo notable las horas de trabajo; que los locales en que ejecutamos nuestras diarias tareas sean higiénicos, que jamás lo son, y que se aumente considerablemente nuestro jornal, sin sufrir alza alguna el alquiler de las habitaciones ni artículo alguno de los de mayor consumo, a fin de que todos y cada uno de nosotros podamos habitar casa espaciosa, aireada y solada, y comer la carne que hoy dejamos en el mercado nuestras esposas que, quizá por no ser ilustres como vos y vuestras compañeras, no disponen de dinero para comprarla?

¿Tienen vuestrs maridos, padres ó hijos alguna fábrica, taller, etc., en que un número de obreros trabajen por vuestra cuenta? Si así es, ¿cuántas horas trabajan vuestros obreros? ¿qué jornal ganan? ¿qué edad tienen los menores de ambos sexos? ¿en qué condiciones de salubridad está vuestro taller ó fábrica?

Y si vuestros deudos no tienen fábrica ni taller alguno ¿qué hacen? ¿en qué ocupan el tiempo? ¿cuántas conferencias han dado defendiendo nuestro derecho a no ser explotados por la rapacidad de nuestros explotadores? ¿cuántos libros han escrito condenando la iniquidad de que se nos hace víctimas, y probando que la tuberculosis tiene nacimiento frente a las persecuciones y al hambre, ya sabemos dar su merecido a los que del nivel de hombres se arrojan en el lodazal de un contubernio. Desprecio y salvia.

«¡Habráis visto mayor inmundicia...! Los que no conocen la vida y milagros del tipo...» grafo Iglesias, los que ignoran sus correrías por el campo ácrata y los que no leyeron sus anátemas fieros contra el régimen capitalista-republicano ó monárquico, apláudale enhorabuena, como si quieren elevarle una estatua simbólica, nosotros les facilitaremos materia abundante.

Los que no hacemos traición al ideal sublime que ha de redimir a la Humanidad, los que no creemos en el socialismo aburguesado, los que somos capaces de morir en defensa de nuestros principios, haciendo frente a las persecuciones y al hambre, ya sabemos dar su merecido a los que del nivel de hombres se arrojan en el lodazal de un contubernio. Desprecio y salvia.

«Cuando hayáis contestado satisfactoriamente a estas sencillas preguntas que en nombre propio y en el de todos mis compañeros de infortunio os dirijo, podréis, si es que aún conserváis puesta la máscara con que ahora pretendéis encubrir vuestro egoísmo de clase que merece muy duros epítetos, tan duros, que os harían sonrojar si los pronunciáramos; podréis, repetimos, continuar en el uso de la palabra, que ahora no queremos seguir escuchando.

Y cuando un par, no más que un par de estos actos, se terminaran de este modo (puede que el señor director, si sus ilustres compañeros se atrevieran a recomenzar, y si la autoridad se imponía para que tal sucediese, deberían abandonar el acto el local todos los obreros asistentes), es seguro que las ilustres buscarían distracciones a sus oídos en sus reuniones íntimas —en las cuales tendrían que dar cabida a algunos de esos dignos periodistas que se pasan la vida limpiando... algo que está muy sucio— y dejarían de insultarnos; con lo cual algo habríamos ganado.

«Estamos en una situación difícil para la publicación del número extraordinario, pues con el déficit que arrastramos en nuestros balances no podemos soportar el gasto que supone cuando además de ser doble el precio de su impresión, hay que añadir el importe del aumento, más los grabados; por otra parte tenemos recogida por donativos una regular cantidad y no podemos defraudar las esperanzas de los compañeros que han contribuido. Tal vez para ayudar a que el número se expenda a cinco céntimos, en bien de la propaganda.

Para armonizar esta situación económica, acordada por los sucesos de la Argentina, donde enviamos una buena cantidad de papel, hemos acordado lo siguiente:

No publicar el número correspondiente al día 20 para poder dedicar a la confección del extraordinario el tiempo y el dinero que se necesita.

«No servir los aumentos que de dicho número se piden si no se pagan por adelantado ó se liquidó lo que se adeuda a esta administración.

El precio, según lo prometido, será de cinco céntimos, pero es imprescindible el apoyo pecuniario de todos.

También estamos organizando para conmemorar esa fecha una función teatral, con obras de carácter social, cuyos detalles haremos públicos en el próximo número.

El socialismo de Pablo Iglesias

La candidez ó mala fe—que ambas cosas caben—de los que forman el importante grupo madrileño que siguen las inspiraciones del socialista full don Pablo Iglesias (1) son las causas primordiales de que la lucha obrera en España se halle estacionada lastimosamente.

«Yo no he llamado honesto al compañero Iglesias, sino el señor Iglesias.

derecho ineludible que me asista para relutar tal acusación.

El autoritarismo de aquellos camaradas, que por razón de atavismos todavía predominan en la inmensa mayoría, me impedía anatematizar a los que, sin pruebas de ningún género, lanzaban ese monstruoso ius accusi! ¿Qué haría yo, en vista de tanta acusación, si poder demostrar lo contrario? ¿resignarme a que el mundo se creyera que era lo que me atormentaba fuertemente. A mi cerebro aflaban pensamientos e ideas movidas por el vértigo que me dominaba. Acaeció el suicidio en un momento de debilidad como único salvador de aquella situación tan desesperada. ¿Qué haría yo con poner fin a mi vida? Afirmar más el dictado de cobardía, formar un testamento en la fila de los vendedores, y así ir a la tumba con el Iuri de la traición. Una lucha cruel sostuvo conmigo mismo, hasta que, animado por la conciencia que de mis actos tenía, me hice imponer una voluntad poderosa que dominara a todos los pensamientos que aflujaban a mi cerebro; y por último he triunfado esa voluntad elevada por la razón y la justicia, sostenida por el más poderoso factor: por la conciencia.

En Tribuna Libertaria, publiqué una extensa carta narrando fielmente todo lo sucedido y poniendo de relieve, para que como tema lo estudiara, las «cogedades» de la vida, causa generadora de las terribles acusaciones. Ninguno relató la carta, «sintiendo» que me fundaría a los ojos de nuestros enemigos, basada en ese falso abstrismo jesuítico: Divide y vencerás. Por mi parte comencé ya la obra, pero era para mi mayor satisfacción el que alguno contestara a la publicación de mi escrito, así se disiparían las dudas que en las masas obreras existían y descubrirían la táctica que se estaba empleando para separar de sus mejores y denodados combatidores. En vista de que ningún camarada emitió opinión alguna sobre el asunto, lo por término, y entonces decidí abandonar Buenos Aires, embarcando con rumbo a Europa.

«Yo, como traspasante anuncié con mi concepto por la partida y dejé en las azules aguas del océano, y dejando en vuela la neblina de un horizonte lejano, aquella inmensa ciudad, donde tantas sensaciones agradables había sentido, al abrazar a mis hermanos, los desheredados, y confundirme con ellos laborando por su causa, que es la sacrosanta causa de toda la humanidad.

La noche había transcurrido serena y silenciosa, y los preludios de una mañana hermosa se dibujaban en el horizonte. De la campiña florida emergían suaves hálitos de frescura que perfumaban el ambiente. En el espeso follaje del bosque, los pajarricos, con sus cantos sublimes saludaban a la risueña aurora.

«Yo, como todo poeta, exclamó Carlos, mira como la Naturaleza abre su libro de páginas de oro. Decíamos de una noche sublime, silenciosa, que permite sustituir el mundo del pensamiento por el mundo material; que permite vivir la vida espiritual, la fantástica, la incierta, alimentada de vagas ilusiones. Y de esta vida material, verdadera, donde se sienten todas las sensaciones que la naturaleza y el alma del sentimiento, donde aurora despierta en el alma el sentimiento de lo bello, de lo hermoso, de lo sublime, que decimos ¡ah! que hermosa es la Naturaleza: por eso mismo, querido Alberto, que por encima de estas miserias humanas, propias solo de la ignorancia en que vivimos, continúe la lucha, hasta después de la muerte y hasta por el más santo amor a la liberación del pueblo oprimido el alma del desheredado de otros pueblos, y trabaje, y al propagar con el ejemplo, base sólida de todo ideal, la idea de libertad alcanzaba raudos vuelos, y parecía ceñirse sobre el horizonte de un porvenir no lejano ya. Mi presencia molestaba a las autoridades por mi constante propaganda, y decidieron poner en juego todo su saber para llegar a un fin favorable. Me entregaron una carta, pidiéndome una entrevista, a la que contesté con una negativa viril y rotunda. Luego me hicieron, en otra, proposiciones para que desistiera de la obra emprendida; no la lei siquiera; mi conciencia estaba sobre todo y el ideal que sustentaba formaba parte integrante de mi ser, era mi vida, no podía prescindir de él sin prescindir de la vida.

Una mañana hermosa, en que todo abril luce sus galanuras sublimes, me propiamente decir a mi péndola sobre las blancas cartillas para correr a los camaradas del exterior de lo que allí ocurría, cuando siento el peso blando de una mano sobre mi brazo, miré hacia atrás y un camarada me dijo con voz grave y molesta: «No sigas; tú no puedes continuar entre nosotros; eres un traidor a nuestra causa, mira esta fotografía, a ver si la conoces...» «¿Soy yo?—Sí, eres tú—contestó el camarada.—¡Infames! miserables! y no pude contestar más: un decimiento general sentí por todo mi cuerpo, y encima de mi mesa de trabajo, paupérrima y destastada, apoyé mi cabeza, que entonces parecía un volcán en erupción; pero ¡ay! para mí resonando hasta casi serrenar. Me levanté y no vi al camarada portador de tan infame nueva; me dejó el periódico, que recogí tembloroso, y ¡oh, infamia! vi mi retrato y en letras de gruesos caracteres decía: traidor... ¡Traidores, miserables!—exclamé yo. Mucho he sufrido, querido amigo, en aquel momento; pero la experiencia adquirida por efecto del mucho tiempo de lucha y conocimiento de la táctica que nuestros enemigos usan para combatinos, me ha serenado. Sabía que mis queridos camaradas eran víctimas, como yo, de una emboscada que nuestros otros enemigos prepararon; y por ello, por ese conocimiento de su villana táctica he comprendido que mi presencia en aquel lugar era más necesaria, para lo que decidí proseguir a la campaña y a la presentarle a los compañeros las pruebas convincentes de que era una calumnia que la autoridad, de acuerdo con la burguesía, inventaba para sembrar el escepticismo en las masas proletarias y poder seguir sus tareas explotadoras.

«A la mañana siguiente, se avistó con un grupo de amigos, y al hablarles de la campaña, se agruparon un tanto pesimistas; no lo afirmaban, pero la duda era la característica; en vista de ello, tomé el tren y me marché a la ciudad donde veía la luz pública el diario que publicaba mi retrato, para allí publicar una serie de artículos demostrando verazmente mi inocencia. En la redacción nos negaron a la que he enviado cuatro artículos, a pesar de admitir mi colaboración, firmada con un nombre pseudónimo. ¿Por qué? no lo sé; insistí en la publicación, alegando para ello el

«Yo, como todo poeta, exclamó Carlos, mira como la Naturaleza abre su libro de páginas de oro. Decíamos de una noche sublime, silenciosa, que permite sustituir el mundo del pensamiento por el mundo material; que permite vivir la vida espiritual, la fantástica, la incierta, alimentada de vagas ilusiones. Y de esta vida material, verdadera, donde se sienten todas las sensaciones que la naturaleza y el alma del sentimiento, donde aurora despierta en el alma el sentimiento de lo bello, de lo hermoso, de lo sublime, que decimos ¡ah! que hermosa es la Naturaleza: por eso mismo, querido Alberto, que por encima de estas miserias humanas, propias solo de la ignorancia en que vivimos, continúe la lucha, hasta después de la muerte y hasta por el más santo amor a la liberación del pueblo oprimido el alma del desheredado de otros pueblos, y trabaje, y al propagar con el ejemplo, base sólida de todo ideal, la idea de libertad alcanzaba raudos vuelos, y parecía ceñirse sobre el horizonte de un porvenir no lejano ya. Mi presencia molestaba a las autoridades por mi constante propaganda, y decidieron poner en juego todo su saber para llegar a un fin favorable. Me entregaron una carta, pidiéndome una entrevista, a la que contesté con una negativa viril y rotunda. Luego me hicieron, en otra, proposiciones para que desistiera de la obra emprendida; no la lei siquiera; mi conciencia estaba sobre todo y el ideal que sustentaba formaba parte integrante de mi ser, era mi vida, no podía prescindir de él sin prescindir de la vida.

«Yo, como todo poeta, exclamó Carlos, mira como la Naturaleza abre su libro de páginas de oro. Decíamos de una noche sublime, silenciosa, que permite sustituir el mundo del pensamiento por el mundo material; que permite vivir la vida espiritual, la fantástica, la incierta, alimentada de vagas ilusiones. Y de esta vida material, verdadera, donde se sienten todas las sensaciones que la naturaleza y el alma del sentimiento, donde aurora despierta en el alma el sentimiento de lo bello, de lo hermoso, de lo sublime, que decimos ¡ah! que hermosa es la Naturaleza: por eso mismo, querido Alberto, que por encima de estas miserias humanas, propias solo de la ignorancia en que vivimos, continúe la lucha, hasta después de la muerte y hasta por el más santo amor a la liberación del pueblo oprimido el alma del desheredado de otros pueblos, y trabaje, y al propagar con el ejemplo, base sólida de todo ideal, la idea de libertad alcanzaba raudos vuelos, y parecía ceñirse sobre el horizonte de un porvenir no lejano ya. Mi presencia molestaba a las autoridades por mi constante propaganda, y decidieron poner en juego todo su saber para llegar a un fin favorable. Me entregaron una carta, pidiéndome una entrevista, a la que contesté con una negativa viril y rotunda. Luego me hicieron, en otra, proposiciones para que desistiera de la obra emprendida; no la lei siquiera; mi conciencia estaba sobre todo y el ideal que sustentaba formaba parte integrante de mi ser, era mi vida, no podía prescindir de él sin prescindir de la vida.

«Yo, como todo poeta, exclamó Carlos, mira como la Naturaleza abre su libro de páginas de oro. Decíamos de una noche sublime, silenciosa, que permite sustituir el mundo del pensamiento por el mundo material; que permite vivir la vida espiritual, la fantástica, la incierta, alimentada de vagas ilusiones. Y de esta vida material, verdadera, donde se sienten todas las sensaciones que la naturaleza y el alma del sentimiento, donde aurora despierta en el alma el sentimiento de lo bello, de lo hermoso, de lo sublime, que decimos ¡ah! que hermosa es la Naturaleza: por eso mismo, querido Alberto, que por encima de estas miserias humanas, propias solo de la ignorancia en que vivimos, continúe la lucha, hasta después de la muerte y hasta por el más santo amor a la liberación del pueblo oprimido el alma del desheredado de otros pueblos, y trabaje, y al propagar con el ejemplo, base sólida de todo ideal, la idea de libertad alcanzaba raudos vuelos, y parecía ceñirse sobre el horizonte de un porvenir no lejano ya. Mi presencia molestaba a las autoridades por mi constante propaganda, y decidieron poner en juego todo su saber para llegar a un fin favorable. Me entregaron una carta, pidiéndome una entrevista, a la que contesté con una negativa viril y rotunda. Luego me hicieron, en otra, proposiciones para que desistiera de la obra emprendida; no la lei siquiera; mi conciencia estaba sobre todo y el ideal que sustentaba formaba parte integrante de mi ser, era mi vida, no podía prescindir de él sin prescindir de la vida.

«Yo, como todo poeta, exclamó Carlos, mira como la Naturaleza abre su libro de páginas de oro. Decíamos de una noche sublime, silenciosa, que permite sustituir el mundo del pensamiento por el mundo material; que permite vivir la vida espiritual, la fantástica, la incierta, alimentada de vagas ilusiones. Y de esta vida material, verdadera, donde se sienten todas las sensaciones que la naturaleza y el alma del sentimiento, donde aurora despierta en el alma el sentimiento de lo bello, de lo hermoso, de lo sublime, que decimos ¡ah! que hermosa es la Naturaleza: por eso mismo, querido Alberto, que por encima de estas miserias humanas, propias solo de la ignorancia en que vivimos, continúe la lucha, hasta después de la muerte y hasta por el más santo amor a la liberación del pueblo oprimido el alma del desheredado de otros pueblos, y trabaje, y al propagar con el ejemplo, base sólida de todo ideal, la idea de libertad alcanzaba raudos vuelos, y parecía ceñirse sobre el horizonte de un porvenir no lejano ya. Mi presencia molestaba a las autoridades por mi constante propaganda, y decidieron poner en juego todo su saber para llegar a un fin favorable. Me entregaron una carta, pidiéndome una entrevista, a la que contesté con una negativa viril y rotunda. Luego me hicieron, en otra, proposiciones para que desistiera de la obra emprendida; no la lei siquiera; mi conciencia estaba sobre todo y el ideal que sustentaba formaba parte integrante de mi ser, era mi vida, no podía prescindir de él sin prescindir de la vida.

«Yo, como todo poeta, exclamó Carlos, mira como la Naturaleza abre su libro de páginas de oro. Decíamos de una noche sublime, silenciosa, que permite sustituir el mundo del pensamiento por el mundo material; que permite vivir la vida espiritual, la fantástica, la incierta, alimentada de vagas ilusiones. Y de esta vida material, verdadera, donde se sienten todas las sensaciones que la naturaleza y el alma del sentimiento, donde aurora despierta en el alma el sentimiento de lo bello, de lo hermoso, de lo sublime, que decimos ¡ah! que hermosa es la Naturaleza: por eso mismo, querido Alberto, que por encima de estas miserias humanas, propias solo de la ignorancia en que vivimos, continúe la lucha, hasta después de la muerte y hasta por el más santo amor a la liberación del pueblo oprimido el alma del desheredado de otros pueblos, y trabaje, y al propagar con el ejemplo, base sólida de todo ideal, la idea de libertad alcanzaba raudos vuelos, y parecía ceñirse sobre el horizonte de un porvenir no lejano ya. Mi presencia molestaba a las autoridades por mi constante propaganda, y decidieron poner en juego todo su saber para llegar a un fin favorable. Me entregaron una carta, pidiéndome una entrevista, a la que contesté con una negativa viril y rotunda. Luego me hicieron, en otra, proposiciones para que desistiera de la obra emprendida; no la lei siquiera; mi conciencia estaba sobre todo y el ideal que sustentaba formaba parte integrante de mi ser, era mi vida, no podía prescindir de él sin prescindir de la vida.

«Yo, como todo poeta, exclamó Carlos, mira como la Naturaleza abre su libro de páginas de oro. Decíamos de una noche sublime, silenciosa, que permite sustituir el mundo del pensamiento por el mundo material; que permite vivir la vida espiritual, la fantástica, la incierta, alimentada de vagas ilusiones. Y de esta vida material, verdadera, donde se sienten todas las sensaciones que la naturaleza y el alma del sentimiento, donde aurora despierta en el alma el sentimiento de lo bello, de lo hermoso, de lo sublime, que decimos ¡ah! que hermosa es la Naturaleza: por eso mismo, querido Alberto, que por encima de estas miserias humanas, propias solo de la ignorancia en que vivimos, continúe la lucha, hasta después de la muerte y hasta por el más santo amor a la liberación del pueblo oprimido el alma del desheredado de otros pueblos, y trabaje, y al propagar con el ejemplo, base sólida de todo ideal, la idea de libertad alcanzaba raudos vuelos, y parecía ceñirse sobre el horizonte de un porvenir no lejano ya. Mi presencia molestaba a las autoridades por mi constante propaganda, y decidieron poner en juego todo su saber para llegar a un fin favorable. Me entregaron una carta, pidiéndome una entrevista, a la que contesté con una negativa viril y rotunda. Luego me hicieron, en otra, proposiciones para que desistiera de la obra emprendida; no la lei siquiera; mi conciencia estaba sobre todo y el ideal que sustentaba formaba parte integrante de mi ser, era mi vida, no podía prescindir de él sin prescindir de la vida.

«Yo, como todo poeta, exclamó Carlos, mira como la Naturaleza abre su libro de páginas de oro. Decíamos de una noche sublime, silenciosa, que permite sustituir el mundo del pensamiento por el mundo material; que permite vivir la vida espiritual, la fantástica, la incierta, alimentada de vagas ilusiones. Y de esta vida material, verdadera, donde se sienten todas las sensaciones que la naturaleza y el alma del sentimiento, donde aurora despierta en el alma el sentimiento de lo bello, de lo hermoso, de lo sublime, que decimos ¡ah! que hermosa es la Naturaleza: por eso mismo, querido Alberto, que por encima de estas miserias humanas, propias solo de la ignorancia en que vivimos, continúe la lucha, hasta después de la muerte y hasta por el más santo amor a la liberación del pueblo oprimido el alma del desheredado de otros pueblos, y trabaje, y al propagar con el ejemplo, base sólida de todo ideal, la idea de libertad alcanzaba raudos vuelos, y parecía ceñirse sobre el horizonte de un porvenir no lejano ya. Mi presencia molestaba a las autoridades por mi constante propaganda, y decidieron poner en juego todo su saber para llegar a un fin favorable. Me entregaron una carta, pidiéndome una entrevista, a la que contesté con una negativa viril y rotunda. Luego me hicieron, en otra, proposiciones para que desistiera de la obra emprendida; no la lei siquiera; mi conciencia estaba sobre todo y el ideal que sustentaba formaba parte integrante de mi ser, era mi vida, no podía prescindir de él sin prescindir de la vida.

«Yo, como todo poeta, exclamó Carlos, mira como la Naturaleza abre su libro de páginas de oro. Decíamos de una noche sublime, silenciosa, que permite sustituir el mundo del pensamiento por el mundo material; que permite vivir la vida espiritual, la fantástica, la incierta, alimentada de vagas ilusiones. Y de esta vida material, verdadera, donde se sienten todas las sensaciones que la naturaleza y el alma del sentimiento, donde aurora despierta en el alma el sentimiento de lo bello, de lo hermoso, de lo sublime, que decimos ¡ah! que hermosa es la Naturaleza: por eso mismo, querido Alberto, que por encima de estas miserias humanas, propias solo de la ignorancia en que vivimos, continúe la lucha, hasta después de la muerte y hasta por el más santo amor a la liberación del pueblo oprimido el alma del desheredado de otros pueblos, y trabaje, y al propagar con el ejemplo, base sólida de todo ideal, la idea de libertad alcanzaba raudos vuelos, y parecía ceñirse sobre el horizonte de un porvenir no lejano ya. Mi presencia molestaba a las autoridades por mi constante propaganda, y decidieron poner en juego todo su saber para llegar a un fin favorable. Me entregaron una carta, pidiéndome una entrevista, a la que contesté con una negativa viril y rotunda. Luego me hicieron, en otra, proposiciones para que desistiera de la obra emprendida; no la lei siquiera; mi conciencia estaba sobre todo y el ideal que sustentaba formaba parte integrante de mi ser, era mi vida, no podía prescindir de él sin prescindir de la vida.

«Yo, como todo poeta, exclamó Carlos, mira como la Naturaleza abre su libro de páginas de oro. Decíamos de una noche sublime, silenciosa, que permite sustituir el mundo del pensamiento por el mundo material; que permite vivir la vida espiritual, la fantástica, la incierta, alimentada de vagas ilusiones. Y de esta vida material, verdadera, donde se sienten todas las sensaciones que la naturaleza y el alma del sentimiento, donde aurora despierta en el alma el sentimiento de lo bello, de lo hermoso, de lo sublime, que decimos ¡ah! que hermosa es la Naturaleza: por eso mismo, querido Alberto, que por encima de estas miserias humanas, propias solo de la ignorancia en que vivimos, continúe la lucha, hasta después de la muerte y hasta por el más santo amor a la liberación del pueblo oprimido el alma del desheredado de otros pueblos, y trabaje, y al propagar con el ejemplo, base sólida de todo ideal, la idea de libertad alcanzaba raudos vuelos, y parecía ceñirse sobre el horizonte de un porvenir no lejano ya. Mi presencia molestaba a las autoridades por mi constante propaganda, y decidieron poner en juego todo su saber para llegar a un fin favorable. Me entregaron una carta, pidiéndome una entrevista, a la que contesté con una negativa viril y rotunda. Luego me hicieron, en otra, proposiciones para que desistiera de la obra emprendida; no la lei siquiera; mi conciencia estaba sobre todo y el ideal que sustentaba formaba parte integrante de mi ser, era mi vida, no podía prescindir de él sin prescindir de la vida.

«Yo, como todo poeta, exclamó Carlos, mira como la Naturaleza abre su libro de páginas de oro. Decíamos de una noche sublime, silenciosa, que permite sustituir el mundo del pensamiento por el mundo material; que permite vivir la vida espiritual, la fantástica, la incierta, alimentada de vagas ilusiones. Y de esta vida material, verdadera, donde se sienten todas las sensaciones que la naturaleza y el alma del sentimiento, donde aurora despierta en el alma el sentimiento de lo bello, de lo hermoso, de lo sublime, que decimos ¡ah! que hermosa es la Naturaleza: por eso mismo, querido Alberto, que por encima de estas miserias humanas, propias solo de la ignorancia en que vivimos, continúe la lucha, hasta después de la muerte y hasta por el más santo amor a la liberación del pueblo oprimido el alma del desheredado de otros pueblos, y trabaje, y al propagar con el ejemplo, base sólida de todo ideal, la idea de libertad alcanzaba raudos vuelos, y parecía ceñirse sobre el horizonte de un porvenir no lejano ya. Mi presencia molestaba a las autoridades por mi constante propaganda, y decidieron poner en juego todo su saber para llegar a un fin favorable. Me entregaron una carta, pidiéndome una entrevista, a la que contesté con una negativa viril y rotunda. Luego me hicieron, en otra, proposiciones para que desistiera de la obra emprendida; no la lei siquiera; mi conciencia estaba sobre todo y el ideal que sustentaba formaba parte integrante de mi ser, era mi vida, no podía prescindir de él sin prescindir de la vida.

«Yo, como todo poeta, exclamó Carlos, mira como la Naturaleza abre su libro de páginas de oro. Decíamos de una noche sublime, silenciosa, que permite sustituir el mundo del pensamiento por el mundo material; que permite vivir la vida espiritual, la fantástica, la incierta, alimentada de vagas ilusiones. Y de esta vida material, verdadera, donde se sienten todas las sensaciones que la naturaleza y el alma del sentimiento, donde aurora despierta en el alma el sentimiento de lo bello, de lo hermoso, de lo sublime, que decimos ¡ah! que hermosa es la Naturaleza: por eso mismo, querido Alberto, que por encima de estas miserias humanas, propias solo de la ignorancia en que vivimos, continúe la lucha, hasta después de la muerte y hasta por el más santo amor a la liberación del pueblo oprimido el alma del desheredado de otros pueblos, y trabaje, y al propagar con el ejemplo, base sólida de todo ideal, la idea de libertad alcanzaba raudos vuelos, y parecía ceñirse sobre el horizonte de un porvenir no lejano ya. Mi presencia molestaba a las autoridades por mi constante propaganda, y decidieron poner en juego todo su saber para llegar a un fin favorable. Me entregaron una carta, pidiéndome una entrevista, a la que contesté con una negativa viril y rotunda. Luego me hicieron, en otra, proposiciones para que desistiera de la obra emprendida; no la lei siquiera; mi conciencia estaba sobre todo y el ideal que sustentaba formaba parte integrante de mi ser, era mi vida, no podía prescindir de él sin prescindir de la vida.

«Yo, como todo poeta, exclamó Carlos, mira como la Naturaleza abre su libro de páginas de oro. Decíamos de una noche sublime, silenciosa, que permite sustituir el mundo del pensamiento por el mundo material; que permite vivir la vida espiritual, la fantástica, la incierta, alimentada de vagas ilusiones. Y de esta vida material, verdadera, donde se sienten todas las sensaciones que la naturaleza y el alma del sentimiento, donde aurora despierta en el alma el sentimiento de lo bello, de lo hermoso, de lo sublime, que decimos ¡ah! que hermosa es la Naturaleza: por eso mismo, querido Alberto, que por encima de estas miserias humanas, propias solo de la ignorancia en que vivimos, continúe la lucha, hasta después de la muerte y hasta por el más santo amor a la liberación del pueblo oprimido el alma del desheredado de otros pueblos, y trabaje, y al propagar con el ejemplo, base sólida de todo ideal, la idea de libertad alcanzaba raudos vuelos, y parecía ceñirse sobre el horizonte de un porvenir no lejano ya. Mi presencia molestaba a las autoridades por mi constante propaganda, y decidieron poner en juego todo su saber para llegar a un fin favorable. Me entregaron una carta, pidiéndome una entrevista, a la que contesté con una negativa viril y rotunda. Luego me hicieron, en otra, proposiciones para que desistiera de la obra emprendida; no la lei siquiera; mi conciencia estaba sobre todo y el ideal que sustentaba formaba parte integrante de mi ser, era mi vida, no podía prescindir de él sin prescindir de la vida.

«Yo, como todo poeta, exclamó Carlos, mira como la Naturaleza abre su libro de páginas de oro. Decíamos de una noche sublime, silenciosa, que permite sustit